



Golda Meir: una figura polémica.

Una figura de nuestro tiempo

GOLDA MEIR, SOCIALISTA Y SIONISTA

EN 1969, Golda Meir se había retirado definitivamente de la política. Tenía setenta y un años, una vida agotadora, hijos y nietos; tenía ya la enfermedad que ha seguido resistiendo hasta ahora. Un cáncer en la sangre: se ha revelado ahora que lo sufría desde diez años atrás, por lo menos, pero que se había mantenido en secreto por razones políticas. Golda Meir había desempeñado ya un papel decisivo en la historia de Israel. Se había retirado a su casa, dedicada a la lectura y la música—su hijo es un notable violonchelista— y a escribir sus Memorias, con el simple título de "Mi vida". Sin embargo, su verdadera carrera política no había comenzado prácticamente: la esperaban cinco años de dirección del país como primer ministro, durante los cuales iba a suceder la guerra del Yom Kippur, que no fue beneficiosa para su país por el momento, y tendría que soportar una investigación por su responsabilidad, de la que saldría indemne. Decía ella que Israel tiene un arma secreta: la imposibilidad de elegir; parece que su vida pública fue también determinada por la imposibilidad de elegir otro camino. Enferma, agotada, aceptó ser primer ministro en nombre de su partido—el Laborista, ganador de las elecciones de 1969, a la muerte de Levi Eshkol—. Sus Memorias tendrían que tener una continuación.

Las había comenzado recordando su infancia en Kiev. Era hija de un artesano judío, y a los tres o cuatro años escuchó por primera vez la palabra "pogrom". "Vivíamos entonces en el primer piso de una casita de Kiev, y aún puedo oír claramente cómo decían que un pogrom iba a caer sobre nosotros. Yo no sabía entonces, desde luego, lo que era un pogrom, pero en seguida supe que era algo que

tenía que ver con nosotros, los judíos, y con un populacho que se desparramaba por la ciudad blandiendo cuchillos y palos, gritando 'Asesinos de Cristo', mientras buscaban a los judíos, y que iban a sucedernos cosas terribles a mi familia y a mí". Aquel pogrom no sucedió finalmente, pero Golda Meir nunca olvidó el terror: "Y, sobre todo, el hecho de lo que iba a ocurrirme era por ser judía". Poco después, la familia Mabovitch—este fue el primer apellido de Golda—emigró a la ciudad de Pinsk, donde "los cosacos lanzaban sus caballos contra los niños judíos para divertirse y los policías golpeaban a los judíos socialistas por su actividad ilegal".

La familia emigró a Estados Unidos; el padre abandonó la artesanía y se hizo ferroviario; la madre puso una lechería, donde la pequeña Golda despachaba mientras estudiaba. A los quince años se fue a Denver para ser maestra, con su hermano, y allí se casó con Morrison. Pero puso una condición: que, cuando fuese posible, emigrasen a Palestina. La declaración Balfour decidió en 1917 la creación de un hogar judío en Palestina, y Golda percibió que esa sería su verdadera tierra. Aquel mismo año de 1917, David Ben Gurion había hecho una gira por los Estados Unidos, visitando los centros judíos, y Golda le había oído hablar. "Vino a América—escribiría luego en sus Memorias— a instar a que los jóvenes judíos americanos se fueran a las granjas colectivas de Palestina y a construir un Estado de trabajadores judíos". Ben Gurion relataba el sufrimiento de los judíos perseguidos en Europa y Golda conocía bien ese sufrimiento. "Morris estaba absolutamente en contra, pero quería casarse conmigo. Le dije que si me quería a mí era para que los dos nos fuéramos a Palestina. La verdad es que si hubiera podido casarse conmigo sin Palestina, hubiese sido más feliz. Pero no podía, y nos fuimos".

En 1921, Morris y Golda Meyerson llegaron a Palestina, se instalaron en un kibbutz; un gé-

nero de vida que Morris Meyerson odiaba absolutamente, pero que tuvo que soportar durante dos años, hasta que Golda aceptó ir a Tel-Aviv y luego a Jerusalén. Dedicó inmediatamente su actividad a la política, dentro del sindicalismo y del Partido Laborista. Volvió a Estados Unidos durante dos años para hacer propaganda del sionismo entre los obreros y las mujeres judías; regresó a Israel para ser miembro del Comité Ejecutivo del Histadrut (Federación de Sindicatos Unidos) y se encontró, en 1940, en el dilema de colaborar con los ingleses en la guerra contra los alemanes nazis, enemigos de primer orden de los judíos y, al mismo tiempo enfrentarse con ellos por su decisión de cortar la inmigración de judíos a Palestina.

Después de veinte años, Morris Meyerson, su marido, no había llegado nunca a adaptarse a la idea de Palestina, a la vida en Palestina. Seguía añorando los Estados Unidos, de los que nunca en realidad había querido salir. Ya Golda ejercía menos atractivo para él, y su condición de mujer dedicada a la política la tenía continuamente alejada. Esta vez fue él quien planteó el dilema: Golda eligió seguir en Palestina, la separación se produjo y Morris volvió a Estados Unidos, mientras ella acentuaba más y más su lucha. Fue encarcelada por los ingleses, trabajó en la clandestinidad y, cuando se fundó el Estado de Israel, en 1947, se la encomendó una de las misiones más difíciles: convencer al Rey Abdullah de Jordania de que no lanzase contra los judíos su Legión Árabe. El 12 de mayo de 1948, Golda Meir visitó por segunda vez al Rey en unas condiciones de ópera romántica: vestida de mujer árabe, de noche... Pero no consiguió nada: dos días después, Jordania entraba en guerra contra el recientemente constituido país de Israel. La segunda gran misión que se le encomendó fue la de regresar a Estados Unidos para visitar las comunidades judías y conseguir fondos para la guerra. Esta vez su éxito fue total: volvió con cincuenta millones de dólares. Una vez la guerra terminada, fue enviada a Moscú, donde permaneció durante dos años y

donde su socialismo se moderó. En 1917, la joven revolucionaria judía había creído en la revolución rusa; en 1948 se decepcionó de los resultados obtenidos; luego escribiría en su autobiografía palabras muy duras para la revolución soviética.

Algunos historiadores creen que el principio del drama judío en la URSS comienza con la misión de Golda Meir en 1948. Las comunidades judías de la URSS estaban relativamente integradas, habían olvidado el terror de los pogroms, habían visto a algunos de los suyos ascender a altos puestos del Estado y del partido, de la literatura y del trabajo, aunque los mayores sufrían por la irreligiosidad de las nuevas generaciones. Golda Meir, incansable en su propaganda sionista, volvió a dar a los judíos de la URSS un sentido de su condición diferencial, de su vieja magnitud de "pueblo elegido". Les reunía por millares en las sinagogas y en los pueblos, les hablaba apasionadamente de la "tierra prometida" que se estaba construyendo, de la incompatibilidad de sus tradiciones con el comunismo soviético... Las comunidades integradas comenzaron a separarse del Estado y del partido; comenzaron a no considerarse rusos o soviéticos, sino judíos, sionistas, israelíes. La respuesta soviética fue la de un renacimiento del viejo antisemitismo zarista que la revolución había tratado de borrar, y una desconfianza que todavía dura.

Volvió Golda Meir a Israel para ser ministro: Del Trabajo, en el Gobierno de Ben Gurion. Un Ministerio que duró siete años. Luego lo sería de Asuntos Exteriores, y después, secretaria general del Partido Laborista, al que representó en todas las conferencias de la Internacional Socialista.

Hasta que le llegó el momento del retiro. Le duró seis meses. En 1969, a la muerte de Levi Eshkol, Golda Meir parecía la única figura por encima de la pequeña política: estaba ya al nivel de mito, su retiro la había apartado de la lucha diaria, y se pensó que sólo ella podría representar la unidad nacional. El país soportaba el peso de la ONU para que llegara a un acuerdo con los árabes



Golda Meir, durante su segunda y ya definitiva retirada de la política, en 1974.

en unas condiciones de paz —después de la derrota árabe de 1967— que alejara el espectro de una nueva guerra; los Estados Unidos duplicaban esas presiones, y también la URSS. Probablemente Golda Meir hizo más de lo que podía hacerse para conseguir una posibilidad de paz: su lucha no era contra los árabes, sino contra las figuras más duras de su país, como Moshe Dayan o el que años más tarde ocuparía y ocupa su puesto, Begin. Por eso, cuando llegó la guerra del Yom Kippur, cuando Israel no pudo resistir el primer empuje de sirios y de egipcios y tuvo que aceptar parar la guerra seis días después, cuando los duros creían que había llegado el momento de superar a sus enemigos, Golda Meir fue muy atacada. Se la acusó de no haber continuado el esfuerzo de guerra del país, de haberlo dejado inerte ante el enemigo, de haber tratado de negociar, de no haber sido ca-

paz de prever el ataque, de ignorar la verdadera fuerza del adversario... El esfuerzo de la guerra, de su propia defensa, mientras estaba sufriendo en secreto y en silencio el cáncer de sangre que terminaría por matarla, la dejaron exhausta. "Nunca volveré a ser la misma persona que fui antes de la guerra", escribió en sus Memorias.

Aunque las acusaciones no llegaron a nada, y la encuesta que se le abrió la declaró inocente, Golda Meir estaba ya muy alcanzada. "Estoy agotada, no puedo llevar la carga más adelante. He llegado al final del camino..."

Esta vez, el retiro fue real. Aún se cuenta que, desde su casa, Golda Meir hacía llamadas a los políticos o les enfrentaba con sus propias responsabilidades. Nunca se ha sabido si fue cierta una anécdota que se contaba en los días en que un comando israelí rescató a

los pasajeros secuestrados en un avión en Uganda, violando espacios aéreos y fronteras nacionales y ocasionando una terrible mortandad. Rabin, entonces primer ministro, dudaba antes de emprender la acción, cuando Golda Meir le llamó por teléfono: "No eres un hombre si no emprendes una acción militar". Se dice que fueron estas palabras las que le decidieron.

Al morir, Golda Meir ha dejado un testamento escrito hace once años —cuando sufrió los primeros síntomas de su enfermedad—, pero refrendado al morir: "No quiero plegarias, no quiero monumentos, no quiero que se dé mi nombre a ninguna calle de ninguna ciudad".

No parece que se vayan a cumplir estas últimas disposiciones. Por lo menos, los funerales nacionales se han celebrado ya. Y el nombre de Golda Meir, discutido y polémico, está inscrito entre los de las grandes figuras de nuestro tiempo. ■

2 AUTORES
DE PRESTIGIO
UNIVERSAL

2 LIBROS
DEFINITIVOS

Anthony Burgess



JESUCRISTO Y EL JUEGO DEL AMOR

"Una novela perturbadora y alarmante, escrita con talento diabólico"

L'Express, París, Setiembre 1977

André Malraux



LA ESPERANZA (L'ESPOIR)

Escrita en 1937, la mejor novela de la lucha del pueblo español que no ha podido aparecer hasta 1978



EDHASA

Infanta Carlota, 129 Barcelona 29
Marqués de Mondejar, 29 Madrid 28